



JIMI HENDRIX

► Por **María Celeste Jiménez**,
defensora local de Maipú.



Es una visita como tantas, con los documentos de protocolo en la carpeta verde y un cuaderno con sus hojas en blanco, esperando a ser llenadas por los relatos de mis imputados. La vuelta eterna y gris desde el edificio de la Defensoría en el Centro de Justicia a Santiago 1 me acerca diariamente a los hombres que defiendo.

Me esperan. No dejo de pensar en el privilegio de poder salir después de entrar y siento que debo agradecerlo haciendo todo mi esfuerzo por sacarlos de ese encierro, cuando sea posible.

Es uno más en mi lista, que con curiosidad y ansiedad voy a conocer en compañía de Guillermo, egresado de derecho que hace su práctica profesional en la Defensoría. “Uno nunca sale igual que como entra de esta cárcel”, le digo.

‘Orlando López!!!’, grita el gendarme, con el menor afecto que he escuchado. Unos minutos y nuevamente vocea su nombre, lo mismo que el de otros diez internos que visitaremos esa tarde. Son caras nuevas, causas nuevas, historias nuevas para escudriñar. Cuando lo llamo a entrevista noto inmediatamente en su mirada una lejanía en su alma, como si él estuviera al fondo de su cuerpo, escondido en una cueva. Sus ojos flotan como dos calamares en un océano vacío.

¿Quién lo defendió anteriormente?, ¿sabe usted qué delito se le imputa?, ¿cuánto tiempo lleva privado de libertad, ¿ha estado en una cárcel distinta a esta?, ¿qué edad tiene?, ¿lo visita algún familiar?...

Guillermo mira con impaciencia ante la falta de respuestas claras de nuestro representado. Una y otra vez reformulo ansiosa mis preguntas, como si se tratara de un interrogatorio sin cuartel. De aquí no salgo sin respuestas -me digo-, aunque nunca imaginé las que iba a recibir.

Silencio. Eterno silencio. Orlando me mira fijamente y con vehemencia me dice: “Usted no entiende que lo único que tengo en la cabeza es a... Jimi Hendrix!”

Jamás he escuchado antes a un imputado desahogando su pensamiento de tal forma. Guillermo agacha la mirada y aguanta la risa. Erguida, yo sigo mirando a Orlando a los ojos y le pregunto si alguna vez ha estado en un hospital por varios días, si toma algún medicamento. No sabe darme más razones.

Le digo que anote mi nombre y que lo guarde. Que no lo olvide porque soy su defensora. Comienzo a anotar en un papel y entonces él saca de su bolsillo una hoja muy doblada, en que las palabras ‘Jimi Hendrix’ están escritas decenas, cientos de veces. Al día siguiente pido con urgencia que se le efectúe una visita de nuestros psicólogos y de la asistente social.

Un peritaje psiquiátrico posterior arroja un diagnóstico de esquizofrenia paranoide, con peligro para sí, pero no para terceros. Orlando es derivado al Hospital Hörwitz, donde es examinado.

Ha estado en prisión preventiva por el delito de desacato. Desobedeció la orden judicial de no acercarse a su madre. Lo hizo y se acercó. La extrañaba y sentía que en ella estaba su hogar y que esa era la única forma de superar sus problemas con el consumo de drogas. No comprendía que un juez tuviera el poder de quitarle ese único refugio que le quedaba a sus años. En su cabeza solo cabían sus afectos y claro, la música de Jimi Hendrix.

Orlando pasa algunos meses en el hospital y el diagnóstico final resulta muy diferente. Su falta de lucidez se debe sólo al consumo problemático de alcohol y drogas. No existe una patología mental detectada. Sin embargo, al sobrevivir a lo que se llama ‘necesidad de cautela’, el tribunal ordena que regrese a Santiago 1. Ahora es otra persona, con una conciencia mayor de las razones de su privación de libertad, pero también de su soledad. De pronto, el niño se vuelve hombre en el encierro, lejos de su madre.

En una de las visitas me cuenta que supo que su madre ha muerto. Está muy triste por no poder asistir a despedirla. Algo queda inconcluso. Para el derecho, algo se decide. Pido su libertad, la que se otorga sin más trámite, en un silencio en que los intervinientes se sintieron tan pequeños como el valor de nuestras decisiones ante la inmensa muerte.

La poderosa muerte supera toda decisión y justificación judicial. El poder de la justicia creada por los hombres queda enterrado, igual que su madre. Y, sobre esa tumba, un hombre en libertad observa de pie, solo. En el silencio suena la guitarra de Jimi Hendrix.

Estaba preso para no acercarse a su madre. Murió su madre. Hoy queda libre y no tiene a quién acercarse... 93